

además que nuestras alianzas casi siempre fueron perjudiciales, que hay que buscar y desarrollar nuestro propio valer y esfuerzo; pues si los franceses nos ocasionaron Trafalgar, los ingleses, destruyeron á San Sebastian el mismo dia que se sacrificaban nuestros soldados por el honor y el deber.

¡Qué vergonzoso contraste! Ellos los aliados, vendidos por amigos, ya que no pueden vencer el indomable coraje de los defensores de San Sebastian, se ensañan en una población amiga, mientras nuestros pobres soldados luchando heróicamente en la montaña y entre los recortes de Saroya y San Marcial, consiguen rechazar y derrotar á las mejores tropas del Imperio.

En Irun quiso repetirse la hecatombe, estuvo á punto de conseguirse; pero afortunadamente hay quien lleva la cuenta y estas cosas providencialmente se pagan.

Digánlo sino por nosotros... las *ensangrentadas Líneas de San Sebastian*.

MI CASA.

¿Ves al rayar el dia
de aquel monte en la falda
en medio de altos robles
una casita blanca,
á cuyo pié, entre flores,
brota una fuente clara,

y echado ante la puerta,
que vigilante guarda,
noble mastin, que á leve
rumor el cuello alza,
y se incorpora altivo,
y se impaciente y ladra...?

(1) Esta composición es una traducción libre de la bellísima poesía de Elixamburu, en bascuence laborlano, *NERE ETCHEA*, que dimos á conocer en la pag.^a 473 del tomo VIII de nuestra revista. Su autor es un antiguo compañero nuestro que ha ocupado durante varios años la cátedra de Retórica en el Instituto provincial de Guipuzcoa. y que nos dejó dicho romance como recuerdo de su buena amistad.

Es mi hogar; allí vivo
feliz y en dulce calma.
Almenado castillo
con sus feudales armas,
los parques y jardines
y sus ricas estancias,
nunca por esa humilde,
pero risueña casa,
en que nació mi padre,
y yo nací, trocára.
Allí, aunque no atesore
riquezas codiciadas,
jamás falta el contento,
jamás la dicha falta.
Acá y allá esparcidos
por doquiera se hallan
los útiles preciados
de rústica labranza;
montones el granero
guarda de mies dorada;
por el monte, no lejos
de mi casita blanca,
se ven los negros bueyes
y las manchadas vacas,
y el rebaño de ovejas
y trepadoras cabras,
que de mi hogar tranquilo
sustentan la abundancia.
¡Qué iguala mi ventura,
qué mi contento iguala,
cuando, al tornar rendido
de la usada labranza,
de honor el puesto ocupo

que, como á dueño guardan
en la mesa, cubierta
de sabrosas viandas,
mis hijos y mi esposa,
encantos de mi alma!
Pedro, de apuesto talle,
de serena mirada,
cuya creciente fuerza
nunca el trabajo cansa,
noble, leal, sincero,
es mi sola esperanza
en la vejez temida,
y orgullo de mi raza.
En su hombro, cual la yedra
con el árbol se abraza,
mi bella Catalina
busca apoyo y descansa;
son de color de cielo
sus ojos, que retratan
su limpida pureza
y el candor de su alma.
¿Y mi esposa? Los años
vanamente intentarán
dejar huella en su rostro...
su belleza no empañan.
Tal vez de su carácter
alterarán la calma...
pero ¡bah! siempre, siempre,
cuando más irritada
se muestra, y más sus ojos
la cólera retratan,
cuanto mi antojo anhela
un tierno beso alcanza.

FRANCISCO RODRIGUEZ ALBA.